

EL ANGEL EXTERMINADOR.- Guión de la película del mismo nombre, dirigida por Luis Buñuel. Autor del Guión: Luis Buñuel, en colaboración con Luis Alcoriza. Editorial Aymá. Colección "Voz Imagen". Barcelona.

Como ya dijimos al ~~comentársela~~ hablar de ~~comentársela~~ la obra de teatro de Dürrenmatt Frank V, cuando una pieza teatral o un guión de cine se hagan merecedores ~~de comentario~~ por sus cualidades literarias e interés, y a estos requisitos se añada el hecho de no haber sido representados o visionados en España, no dudaremos en ocuparnos de ellas en esta sección, abundando así en la opinión de muchos lectores de piezas de teatro o guiones, que tan buena acogida han dado a colecciones especializadas en editar este tipo de literatura.

Gran parte de la crítica extranjera considera El Angel Exterminador como la obra más importante de Buñuel, superior a sus éxitos mundiales Nazarín, Viridiana o Memorias de una doncella. A este juicio de la crítica cinematográfica, que juzga el film proyectado en la pantalla y no la parte del mismo que constituye el guión, hemos de añadir el nuestro, que incide en el mismo sentido. Como guión, El Angel Exterminador es un verdadero prodigo, ejemplar casi único en la historia de nuestra literatura cinematográfica. En él, el realismo alcanza sus límites más crudos y sangrantes, y la pretensión de Buñuel, expuesta en algunos de sus escritos, de ~~llegar~~ una visión integra de la realidad, casi es alcanzada, en la medida en que ello es imaginable. Buñuel cree que la realidad es múltiple, que para hombres diferentes tiene mil significados diferentes, y manifiesta en esta obra su obsesión por llegar a esa esfera de la realidad que constituyen los hechos inexplicables y misteriosos, las fuerzas desconocidas que mueven el mundo, pero que no por igno-

radas dejan de ser reales. A Buñuel le obsesiona el mundo de lo desconocido, de las pasiones acalladas del hombre, de sus creencias muchas veces irrationales, de sus mitos. "El misterio es lo que me interesa. No me cansaré de repetirlo: el misterio es el elemento esencial de toda obra de arte". Estas palabras de Buñuel nos dan la clave de la interpretación de gran parte de su obra cinematográfica. Conocedor desgarrado de la realidad, de esa realidad cruda, a la española, como Goya o Cervantes, Buñuel busca, detrás de ella, la otra realidad, la que no se ve ni se oye, pero que late en el trasfondo del alma humana.

El Angel Exterminador constituye la forma extrema de acercamiento a esa otra realidad, a través de un mundo y unas imágenes absolutamente reales. En anteriores películas, y sirviéndose de un surrealismo muy sigueneris, Buñuel había tentado los límites de esa realidad oculta. Desde Un perro andaluz hasta Viridiana, pasando por Las Hurdes, Él, Los olvidados y Nazarín, ha ido expresando, fragmentariamente, ese deseo de acercamiento al misterio, a la muerte, a lo desconocido. Pero junto a esta postura límite de El Angel Exterminador debemos ver, como señala el prologuista del libro que comentamos, Manuel Villegas López, una voluntad de Buñuel de reunir en este guión muchos elementos personales, creencias y vivencias propias. Desde este ángulo, el guión de El Angel Exterminador se nos aparece como un libro de memorias de su autor, de sus sentimientos más íntimos, de sus dudas, deseos y pasiones. La obsesión religiosa de Buñuel nos la explica él mismo; la religión ha formado parte de su mundo infantil y adolescente, y ha dejado una huella difícil de borrar. "Pertenezco a una familia muy católica y, de los ocho a los quince años, he sido educado por los jesuitas. La educación religiosa

y el surrealismo han dejado en mi señales para toda la vida." Ese afán de expresarse en cada una de sus películas, de ofrecer una parte de sus sentimientos y de su personalidad, es una de las características más sostenidas de Buñuel, a través de su larga labor como director de mas de veinte films.

La postura límite de El Angel Exterminador se nos hace patente desde las primeras páginas del guión. Los personajes de la obra, aún cuando visitan a la moda actual y se expresen en lenguaje corriente, están situados en una especie de "intemporalidad", en una época que es la nuestra pero que podría ser perfectamente cualquier otra época de crisis del pensamiento y de un sistema social. En esa intemporalidad los protagonistas hablan y se mueven como en el vacío, intentando volver al momento en que la acción comenzó a suceder, buscando un retorno a la realidad total, a la vida. El guión nos situa en una mansión señorial, en el momento en que la servidumbre está ultimando los preparativos para una cena que el dueño de la casa, Nobile, y su esposa, Lucia, han organizado para festejar a un grupo de amigos. Momentos antes de que la cena comience, y cuando ya empiezan a llegar los primeros invitados, las criadas y doncellas, sin motivo aparente, comienzan a abandonar la casa, como empujados por un miedo irracional o por la oscura creencia de que lo que va a ocurrir no les incumbe. Así, primero de uno en uno y después en grupos, los criados se van, dejando en un apuro a los anfitriones, que solamente cuentan con los servicios del mayordomo, que atiende a sus dueños y a los dieciocho invitados. La sátira de Buñuel no puede alcanzar a la servidumbre, que no pertenece a la clase social de los dueños

de la casa y de sus invitados, pero sí al mayordomo, más apegado a los dueños que a los sirvientes. Después de una cena sobresaltada e interrumpida, los anfitriones y sus invitados pasan a un gran salón, que se comunica con el resto de la casa a través de un pequeño saloncito de paso. Una vez acomodados en el gran salón, y después de tomar café, los invitados comienzan a charlar en grupos, a presentarse unos a otros, a bailar o a escuchar el piano que está tocando Blanca, una de los comensales. Por sus conversaciones nos vamos adentrando en un clima de extraña irrealidad, a pesar de la aparente normalidad de sus palabras. La fiesta se va prolongando, y cuando alguno de los invitados se dispone a abandonar el gran salón, desiste antes de cruzar el ~~km~~ dintel que lo separa del pequeño salón de paso. Al principio parece que todas estas salidas frustradas sean fortuitas, que los que iban a marcharse fueran desistiendo, por una u otra razón, pero luego se ve claro que todos ellos no pueden cruzar la puerta, pese a estar abierta de par en par. El único que momentáneamente sigue haviéndolo es el mayordomo, aunque luego veremos que termina también prisionero del maleficio que ha convertido en cárcel el gran salón. Los ocupantes del gran salón no quieren reconocer, de momento, que no pueden abandonarlo y volver a sus casas, y sin darse explicaciones ni pedírselas a los anfitriones, terminan tumbándose en los sillones y en las alfombras para esperar el nuevo día. Pero el nuevo día no trae modificación a la situación en que se hallan, y los invitados, desazonados y temerosos, piden explicaciones al dueño, que no puede explicarles ni explicarse lo que está sucediendo. El encierro se prolonga, los invitados están como enloquecidos por la angustiosa espera, pero el umbral sigue siendo infranqueable, y el encierro se prolonga días y días. Entonces los invitados se increpan

unos a otros, discuten, se acusan y acometen, y el guión parece relatar una danza de condenados en el infierno, una pieza macabra de la mitología medieval. Cada uno de los personajes se va desnudando de la máscara social de hipocresía que adoptaba, y Buñuel nos los muestra en su cruel realidad, desprovistos de humanidad, casi irracionales. Como dice Henry Chaper al comentar el guión: "El Angel Exterminador es ante todo una sátira de la alienación. Es el ataque sistemático de todas las trampas que amenazan nuestra vida= convencionalismos sociales, ritos de casta, prácticas supersticiosas de la religión, clisés románticos, espejismos de lo sobrenatural...incluso el sentido del humor. Pero esta idea-fuerza en modo alguno se ofrece como una demostración."

En el círculo misterioso y mágico del gran salón, los personajes bullen como en el caos, aman, odian, mueren y se descomponen, sufren horribles pesadillas y sueños esperanzados. Parecen esperar el momento en que todo vuelva a repetirse, a iniciarse otra vez, para poder romper el sortilegio y abandonar el salón-infierno, como en realidad hacen cuando una de las invitadas, Leticia, se da cuenta <sup>de</sup> que su situación es irreal, y hace ocupar a cada uno de los personajes el sitio y la postura que tenía antes de que se iniciara su cautiverio, y les obliga a repetir las mismas palabras que entonces pronunciaron. Rota la cadena de la irrealidad, de la intemporalidad, los derrengados personajes pueden al fin abandonar el gran salón, al tiempo que la servidumbre que intentaba regresar y los curiosos estacionados en la calle frente al jardín de la mansión, consiguen a su vez atravesar también la puerta. Todo se reintegra a su lugar cotidiano, pero Buñuel no quiere terminar el guión sin antes recalcar el misterio del tiempo detenido, del tiempo "intemporal" y primitivo, y conduce a

sus personajes al interior de una Catedral, en la que el lector los halla reunidos orando en acción de gracias por haber conseguido salvarse de su angustiosa situación. Finalizado el "Te Deum", el grupo de invitados y los demás fieles que llenan el templo, intentan abandonarlo, pero tampoco consiguen cruzar el umbral del gran portalón, a pesar de los empujones de los que permanecen detrás. Todo concluye aquí, en este otro círculo mágico del encierro en la Catedral, que los fieles no pueden romper, y que es observado por los sacerdotes oficiantes desde las gradas del altar, en donde se hallan detenidos sin poder penetrar en la sacristía, víctimas a su vez de esa cárcel intemporal que les rodea.

Como muchos críticos han hecho notar, se hace difícil no pensar en Sartre y en su Huis-Clos, ya que las semejanzas entre el infierno sartriano y la prisión de Buñuel son muchas; pero El Angel Exterminador no participa de las ideas existencialistas. Es una sátira fantástica de la sociedad y de los hombres, cuya clave última Buñuel no revela, y cuyas múltiples interpretaciones pueden ser válidas, y también todas auténticas o falsas. Como ha escrito Jean de Baroncelli, más que el guión de un film El Angel Exterminador es un poema, la proyección de un estado de conciencia. Las notaciones de Buñuel, sus digresiones, su lenguaje, son de una gran belleza, y el lector se notará atrapado por este guión antes de tener tiempo de ponerse a pensar sobre él.

Luis Buñuel y Luis Alcoriza, que ya habían colaborado juntos en anteriores guiones - Él, Los olvidados, El río y la muerte - , han escrito este guión adaptando la obra inédita de José Bergamín titulada Los naufragos. La edición española que comentamos, aunque no es completa (faltan fragmentos importantes del guión), ha sido cuidada con gran esmero, y va acompañada de

un excelente prólogo de Manuel Villegas López, que analiza la obra total de Buñuel, con especial detenimiento en la obra que da título al guión y a nuestro comentario.